

Plantas, remedios y boticarios

El Jardín Medieval del Monasterio de Pedralbes

Ante una naturaleza silvestre e indómita, el *jardín cerrado* u *hortus conclusus* se concebía como un espacio ordenado y dominado por el hombre. Inspirados en ese jardín, los claustros medievales añadieron un simbolismo místico, asociándolo al paraíso terrenal, a la Jerusalén celeste, a la figura de María o al alma. Este espacio encerrado por muros, lugar de meditación y recogimiento para los monjes y las monjas, se convirtió en un vergel en el que los caminos confluían hacia una fuente central, la fuente de la vida, símbolo de la vida terrestre y celeste. En muchos monasterios medievales, una parte del claustro se destinó a jardín medicinal, el llamado *herbularius* o *jardín de los Simples*. No en vano fue al abrigo de los monasterios donde, durante los siglos medievales, se realizaron muchos de los estudios de clasificación de plantas.

La exposición “Plantas, remedios y boticarios. El Jardín Medieval del Monasterio de Pedralbes” propone la aproximación a una ciencia compleja y elaborada, que se había ido desarrollando a lo largo de los siglos a partir de los principios básicos de la medicina griega y las aportaciones de

la cultura árabo-islámica, y que tomaba la naturaleza como punto de partida de su acción. Este saber se transmitió gracias a varios libros y tratados que fueron continuamente copiados, traducidos a diferentes idiomas y comentados durante siglos. En la Barcelona medieval, los médicos y boticarios –muchos de ellos muy bien documentados– conocieron ampliamente las propiedades curativas de los diferentes productos animales y vegetales, así como las composiciones medicamentosas adecuadas para cada enfermedad. Y no solo eso: en las boticas de la ciudad podían adquirirse las sustancias necesarias o recetadas.

Como parte esencial de esta exposición, se presenta una recreación hipotética de un herbario medieval en el claustro del monasterio. En ella se encuentran representadas muchas de las plantas que las monjas seguramente cultivaban o adquirían en el exterior para elaborar remedios para las hermanas enfermas, siguiendo los principios y los tratados medicinales de la época.

1. La medicina y la farmacología medievales.

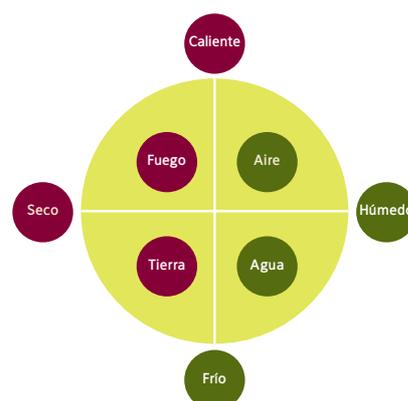
La tradición clásica y el legado árabe

La medicina medieval heredó sus principios básicos de la medicina griega que se había ido desarrollando durante la antigüedad clásica. Tradicionalmente, se ha atribuido a Hipócrates (c. 460 a. C. - c. 370 a. C.) la fundación de la medicina griega y por este motivo se la conoce como medicina hipocrática. Se trata de una ciencia basada en la observación y en el razonamiento de los diferentes componentes de la naturaleza y sus fenómenos, que partía del principio de que todas las cosas estaban constituidas por cuatro elementos básicos: aire, agua, tierra y fuego.

Este saber médico inspirado en Hipócrates fue sistematizado en época romana por Galeno (c. 130 d. C. - c. 200 d. C.), quien ejerció una fuerte influencia en la medicina hasta el siglo XVI. A partir de Galeno, el buen médico tenía que basar su método científico en la experiencia y en su capacidad de reflexión.

La teoría de los humores

La medicina galénica incorporó la teoría de los humores, que se basaba también en los principios de los cuatro elementos ya descritos por Hipócrates: aire, agua, tierra y fuego. Estos cuatro elementos surgían de la combinación de cuatro propiedades fundamentales que formaban parejas contrapuestas: frío y calor, sequedad y humedad. Así, el agua era la concreción del frío y la humedad; el fuego, del calor y la sequedad; el aire, del calor y la humedad, y la tierra, del frío y la sequedad.



Para describir el cuerpo humano, la medicina galénica se sirvió de estos “cuatro elementos” para identificar los “cuatro humores” o sustancias que componían a los seres vivos: sangre, bilis amarilla (o cólera), bilis negra (o atrabilis, o melancolía) y pituita (o flema). Cada humor estaba formado por una mezcla de los “cuatro elementos”, pero uno de ellos destacaba. Del equilibrio o desequilibrio de los “cuatro humores” dependían la salud y la enfermedad. Teniendo en cuenta que se partía de la idea de que los humores se engendraban en el cuerpo a partir de los alimentos, la curación debía consistir en recuperar el equilibrio perdido de los humores a través, en primer lugar, de la dietética y, en segundo lugar, de la farmacología; solo como última opción debía recurrirse a la cirugía.

Si la dietética permitía al hombre mantenerse sano, es decir, mantener el equilibrio de los humores, la farmacología le permitía corregir los desequilibrios. Los fármacos, entendidos como sustancias que producían alteraciones en el organismo, bien administrados, podían devolver al enfermo la salud perdida. Pero, para lograrlo, se requerían conocimientos acerca de las calidades de los componentes de los medicamentos, la forma adecuada de prepararlos y la fijación de la dosis necesaria.

Entre los muchos autores que dieron a conocer la medicina galénica, destaca Dioscórides Pedanio (siglo I d. C.), autor de un enorme tratado titulado *De Materia Medica*, en el que analizó con detalle todos los vegetales, animales y minerales que podían emplearse en la elaboración de los medicamentos.

Todo el saber médico griego y helenístico fue heredado, a partir del siglo VIII, por la cultura árabo-islámica, que lo conservó y perfeccionó mediante la redacción de enciclopedias y sumarios.

En este sentido, no resulta extraño que el primer punto de entrada de la ciencia médica fuera la ciudad de Salerno, puerto italiano estratégicamente situado en la encrucijada de los mundos islámico, bizantino y latino. En esta ciudad nació la Schola Medica Salernitana, de la que surgieron una serie de antidotarios influenciados por la farmacia griega antigua, la árabo-islámica y la judía, que a su vez influyeron en la evolución posterior de toda la ciencia farmacéutica europea hasta la época moderna.

En el campo de la farmacología, la medicina árabe dio muchos nombres importantes, entre los que destaca el médico y filósofo Avicena (Ibn Sina), autor del *Libro del canon de la medicina*, en el que recopila la tradición médica anterior e incluye todas sus observaciones. En el quinto libro de esta voluminosa obra se reúne la farmacología. *La summa avicenniana* tuvo una importante influencia en la Europa occidental hasta el siglo XVIII.

2. Los medicamentos simples

En la tradición galénica, las sustancias utilizadas para curar se denominaban medicamentos simples y el conjunto de conocimientos acerca de las propiedades terapéuticas de estas sustancias recibía el nombre de materia médica. La moderna farmacia los llama drogas y farmacología, respectivamente.

La farmacia medieval empleaba cualquier sustancia como medicamento, pero la mayoría de los remedios procedían del reino vegetal. Ello se debía a que la medicina griega dividió las sustancias naturales en tres categorías en función de su actividad: alimentos, fármacos y venenos, es decir, sustancias que nutrían, sustancias que restablecían y sustancias que alteraban el equilibrio corporal. En virtud de esta clasificación, se creía que las sustancias animales (alimentos) producían una acción favorecedora leve, mientras que las minerales alteraban el organismo, ya que poseían una acción venenosa. Entre estas dos sustancias, se encontraban las vegetales, que producían una acción interna –como las minerales–, pero no destructora. Es por esta razón que los vegetales eran considerados los medicamentos ideales.

A pesar de la predilección por las plantas, los fármacos medievales usaron todo tipo de productos en su composición: plantas y árboles, animales acuáticos y terrestres, y minerales, aparte de piedras preciosas y metales.

Los simples vegetales presentan una enorme diversidad en todos los aspectos. De las diferentes plantas podían usarse todas las partes, de las raíces a los frutos, pasando por el tronco, las ramas, las hojas, las bayas, las yemas, las flores; todo tenía capacidades terapéuticas distintas.

Aunque una parte importante del herbario que se usaba era –en origen– autóctono, enseguida se incluyeron plantas importadas que nunca se habían cultivado en el Mediterráneo: pimienta, canela, nuez moscada, jen-gibre, etc. Entre las autóctonas, una gran parte eran agrestes, mientras que otras se cultivaban. De hecho, con el paso del tiempo, surgió una tendencia a preferir las plantas medicinales que podían cultivarse frente a las recolectadas. El cultivo permitía un mejor control del crecimiento y la posibilidad de recogerlas en el momento más adecuado, factores que los médicos medievales valoraban especialmente.

Sin embargo, las plantas que los antiguos griegos habían identificado, estudiado y descrito –en griego– no siempre fueron fáciles de identificar con las plantas que el mundo latino medieval conocía. Lo mismo les sucedió a los tratadistas árabes al querer identificar la

planta griega con la árabe. Además, no solo se producía un cambio de idioma, sino también un cambio geográfico y cronológico. Este hecho supuso que una parte importante del trabajo de los tratadistas occidentales medievales consistiera en reidentificar las plantas de los clásicos griegos y árabes, lo que generó algunas controversias científicas.

Bajo el epígrafe de plantas medicinales, no debe pensarse en la actual concepción, que las reduce a “algunas” plantas de bosque generalmente autóctonas, sino que la farmacología medieval buscó las propiedades terapéuticas de todos los vegetales que tenía a su alcance.

3. Tratados sobre los llamados medicamentos simples

A lo largo de la Edad Media, circularon por Europa numerosos tratados sobre materia medica, es decir, libros que describían las propiedades curativas de las sustancias naturales. Todos ellos recogían, de forma más o menos directa, el legado helenístico con las mejoras introducidas por la ciencia médica árabo-islámica. Entre las abundantes obras medievales sobre materia médica, para la selección de las plantas cultivadas en el jardín medicinal de Pedralbes, se han elegido dos tratados que ilustran adecuadamente la diversidad del saber farmacológico medieval: *Subtilitatum diversarum naturarum creaturarum libri novem* (los *Nueve libros de las sutilidades de las diversas naturalezas de las criaturas*), de Hildegarda de Bingen –también conocidos como *Liber simplicis medicinae* (*Libro de simples medicinales*), *Libro de las sutilidades de las criaturas divinas* o *Física*– y una traducción catalana del *Libro de los medicamentos simples*, del médico andalusí Ibn Wafid.

Hildegarda de Bingen

Es, sin lugar a dudas, uno de los personajes más atractivos de su época. Hildegarda nació en Bermersheim (Alemania) en 1098, en el seno de una familia de la pequeña nobleza del Palatinado, que ya de pequeña la destinó a la vida monástica e hizo que ingresara en la orden benedictina. Fue abadesa de Disibodenberg y fundó los monasterios de Rupertsberg y de Eibingen. Murió en Rupertsberg en 1179. Desde muy joven experimentó varias visiones místicas que posteriormente plasmó por escrito en su obra *Scivias*. Con una sólida formación intelectual, también destacó como compositora, poetisa y autora de diferentes tratados sobre medicina y ciencias naturales. Acerca de estos últimos campos versa la obra seleccionada en esta exposición como fuente: *Nueve libros de las sutilidades*

de las diversas naturalezas de las criaturas. Se trata de un libro en el que se describen 502 elementos de la naturaleza, ordenados por grupos –plantas, árboles, piedras, animales y metales. En primer lugar, cada elemento se califica con algunas palabras, entre las que a menudo se cita alguna de sus cualidades frío/caliente, seco/húmedo– y, a continuación, se dan indicaciones sobre sus propiedades curativas o dietéticas y algunas recetas o formas de aprovecharlo:

Cap. IX. Sobre la galanga

La galanga (Alpinia officinarum y A. galanga) es completamente caliente; en ella no hay frío y tiene muchas virtudes. Quien tenga mucha fiebre, que pulverice galanga y beba los polvos disueltos en agua y el ardor de la fiebre se extinguirá. A quien sufra por malos humores en el dorso o en el costado, que hierva galanga con vino y se lo beba caliente, y el dolor cesará. A quien le duela el corazón, y tenga una enfermedad en el corazón, que de inmediato coma galanga en cantidad suficiente y se sentirá mejor.

Aunque en su obra Hildegarda destaca las propiedades curativas de las plantas y ofrece muchas recetas, casi nunca proporciona las cantidades exactas para la elaboración de los remedios y no describe detalladamente las enfermedades para las que es adecuada cada droga. Por otro lado, incluye en el apartado de las plantas, por ejemplo, los huevos, la miel, la sal, la mantequilla y el vinagre. Pese a la poca claridad de algunos conceptos, el libro de Hildegarda es un claro exponente del saber médico conservado dentro de los muros de los principales monasterios europeos medievales.

Abu-l-Mutarrif Abd al-Rahman ibn Muhammad ibn Wafid al-Lajmi

Fue prácticamente coetáneo de la gran abadesa alemana, pero representó otra tradición cultural. Médico, farmacólogo y estudioso de la agricultura, de su vida sabemos muy poco. Nació en Al Ándalus en 1008 y residió en Toledo, tras estudiar en Córdoba con el médico Abul Qasim al-Zahrawi, conocido en las fuentes latinas como Abulcasis. Murió entre los años 1067 y 1074.

De Ibn Wafid se nos dice que, pese a su sólida formación como farmacólogo, prefería tratar la enfermedad con la dieta antes que con los fármacos y, si era preciso, antes con simples que con medicinas compuestas. Sus biógrafos le atribuyen siete obras, de las que conocemos con seguridad, entre otras, el *Libro de medicinas simples*. De una traducción catalana medieval de esta última obra procede la selección de plantas que se presenta en el “jardín medicinal” del Monasterio. De la fama de este tratado da fe el hecho de que se conozca, aparte de la traducción catalana, una en latín, de Gerardo de Cremona. La versión catalana de Ibn Wafid posiblemente realizada

a partir de una traducción castellana que, seguramente, lo era a su vez de una latina— es, como el original árabe, una aproximación a lo que los clásicos griegos, sobre todo Dioscórides y Galeno, decían acerca de los principales simples medicinales. El libro consta de dos partes claramente diferenciadas: una introducción general según las facultades y fuerzas de las medicinas y un listado descriptivo de las principales medicinas simples, ordenadas en tres grandes grupos —plantas, animales y minerales. En la parte descriptiva de cada medicamento se explican sus cualidades, su forma, sus partes y sus capacidades terapéuticas, y se citan algunos remedios, que casi siempre remiten a Dioscórides y Galeno.

Sen se denomina en árabe sana. Y dice Galeno que: Sirve para las enfermedades de la melancolía, cuando se habla con locura, y para las grietas de las manos y de los pies, y para el cabello que se cae; y quita los piojos y los dolores viejos de la cabeza, y [sirve] para la roña y para las vejigas del cuerpo y [sirve para] la epilepsia, y es caliente y seco y de mal sabor y purga la melancolía y la cólera y reconforta el corazón al mezclarse con las demás medicinas que sirven para esto, como las violas y las rosas. Y tiene que darse a beber, seco, el peso de un dinero, y cuando está cocido, el peso de 5 dineros. Dice ar-Razí (o Razes) que la fumaría y el sen purgan los humores adustos y que sirven para la roña y para el prurito y que debe darse a beber, de cada uno de ellos, entre 4 y 7 dineros de peso.

En contraposición con Hildegarda, los datos ofrecidos por Ibn Wafid se avalan refiriéndose a las fuentes y a menudo se especifican las cantidades de una forma más precisa. Es, sin lugar a dudas, un digno ejemplo de la ciencia médica árabo-islámica y, en concreto, andalusí.

4. Los medicamentos compuestos: métodos y técnicas de elaboración

La medicina galénica no solo utilizaba una gran variedad de sustancias, sino que las combinaba entre sí en una enorme diversidad de formas medicamentosas y métodos de aplicación. Esta misma diversidad puede documentarse en la Europa medieval, sobre todo después de la recepción de los tratados árabo-islámicos.

Sin embargo, la problemática expuesta con relación a los simples y la identificación que hacen de ellos los tratados griegos también puede encontrarse en las medicinas compuestas: la composición de un mismo fármaco varía de un autor a otro y resulta muy difícil averiguar, a partir de un nombre, de qué tipo de medicina compuesta se trata y cuáles son sus ingredientes. Cuanto más compleja era una medicina, más fácilmente se modificaba la composición de un autor a otro, de una escuela a otra, de un lugar a otro.

Veamos como ejemplo, dentro de un espacio y un tiempo similares, una misma receta según dos fuentes distintas: la *Concordie apothecariorum Barchinone* (1511), primera farmacopea barcelonesa que pretende fijar para esta ciudad la composición de los fármacos principales, y el *Liber in examen apothecariorum* (Pere Benet Mateu, especiero barcelonés, 1495), manual destinado a que los aprendices de boticario superaran fácilmente el examen de maestría:

EMPLASTO APOSTÓLICO MAGNO	
<i>Concordie apothecariorum Barchinone</i>	<i>Liber in examen apothecariorum</i>
<i>litargirio dorado</i>	<i>litargirio dorado</i>
<i>resina amoniaco</i>	<i>resina amoniaco</i>
<i>piedra de calamita</i>	<i>piedra de calamita</i>
<i>cera roja</i>	<i>cera roja</i>
<i>colofonia</i>	<i>colofonia</i>
<i>visco de roble</i>	<i>visco de roble</i>
<i>propóleo</i>	<i>propóleo</i>
<i>resina de almácija</i>	<i>resina de almácija</i>
<i>incienso desmenuzado</i>	<i>maná</i>
<i>trementina</i>	<i>trementina</i>
<i>cobre quemado</i>	<i>cobre quemado</i>
<i>bdelio</i>	<i>bdelio</i>
<i>gálbano</i>	<i>gálbano</i>
<i>mirra roja</i>	<i>mirra roja</i>
<i>sarcocola</i>	<i>sarcocola</i>
<i>escoria de cobre</i>	<i>cal</i>
<i>díctamo</i>	<i>díctamo</i>
<i>aristoloquia redonda</i>	<i>aristoloquia redonda</i>
<i>marrubio fresco</i>	<i>marrubio fresco</i>
<i>opopónace</i>	<i>opopónace</i>

Durante la Edad Media circuló por Europa una docena larga de antidotarios que recogían las recetas de los principales remedios. Entre estos tratados de medicamentos compuestos podemos destacar, por su implantación en nuestro país, el antidotario de Mesue —nombre con el que es conocido el médico asirio Yuhanna Ibn Masawayh—, el antidotario de Nicolau, el antidotario de Arnau de Vilanova, el quinto libro del canon de Avicena, el antidotario de Razes, etc.

En estos antidotarios se recopilan una gran variedad de formas medicamentosas, algunas de ellas aún existentes hoy en día:

- **Confección:** sustancia medicinal compuesta de varios ingredientes (confección de quermes, de almizcle dulce, de salep, de galanga, confección anacardina, de golondrinas, antidoto emenagogo, atanasia o inmortal, mitridato, triaca, etc.)
- **Electuario:** masa pastosa medicinal hecha con polvos, pulpas, etc., incorporados con miel, jarabe y otros (electuario de aromáticos, electuario aromático de rosas, de gemas, de las tres pimientas, etc.)
- **Looc:** medicamento de consistencia siruposa administrado por vía oral (looc de adormidera, de escila, de coles, etc.)
- **Jarabe:** bebida medicinal obtenida de la cocción de azúcar con agua con sustancias medicinales (julepe de rosas, de violetas, de corteza de limón, de agraz, de bizancios, de menta, etc.)

- **Arrope:** bebida medicinal obtenida de la ebullición y evaporación del mosto de uva con sustancias medicinales (arrope de grosellas, arrope de agraz, etc.)
- **Ojime:** bebida medicinal a base de miel, agua, vinagre y sustancias medicinales (ojime de escila, ojime puro, etc.)
- **Colirio:** medicamento destinado a ser aplicado en la conjuntiva del ojo (colirio blanco de Razes)
- **Trocisco:** forma galénica constituida por pequeños conos irregulares obtenidos por desecación de una pasta acuosa que contiene el medicamento (trociscos de confección de algalia especiada, de confección de algalia almizclada, de rosas y eupatorio, de succino, etc.)
- **Píldora:** medicamento duro de forma esférica, de administración oral (píldoras aromáticas, píldoras agregativas mayores, píldoras de ruibarbo, de alicabi, de sarcocola, etc.)
- **Ungüento:** medicamento constituido por una mezcla de grasas, de aplicación externa (ungüento de palma, de ciclamen, rosado, de alabastro y nardo precioso, etc.)
- **Emplasto:** medicamento hecho con una sustancia pastosa extendida sobre un paño que se adhiere a la parte del cuerpo sobre la que se aplica (emplasto arábigo, de diaquilón, de semillas de laurel, del hijo de Zacarías, de mostaza, etc.)
- **Aceite:** medicamento resultante de extraer la grasa de ciertas sustancias medicinales o de mezclar con un aceite sustancias medicinales (aceite de almendras dulces, de avellanas, de huesos de albaricoque, de *been*, de cártamo, de escorpiones, etc.)
- **Cerato:** medicamento de uso externo, formado básicamente por cera y aceite (cerato de lanolina, de sándalo, de Galeno, etc.)
- **Polvos:** medicamento compuesto por la reducción a polvo de una o varias sustancias medicinales (polvos de la alegría, de turbit, de Mesue.)

Las boticas de Barcelona también registran otras formas medicamentosas:

- **Clistel o enema:** medicamento líquido inyectado en el intestino grueso, a través del esfínter anal, mediante una cánula
- **Aguas:** forma medicamentosa obtenida, normalmente, de la ebullición de sustancias medicinales en agua (agua de balaustas, de manzanilla, de calabazas, etc.)
- **Vinos especiados:** forma medicamentosa obtenida, normalmente, de la ebullición o la maceración de sustancias medicinales con vino
- **Pócima o infusión:** decocción o infusión medicinal
- **Capelo:** casquete medicinal
- **Cataplasma:** composición gelatinosa que se coloca entre dos gases y se aplica encima de la piel como emoliente, calmante y antiinflamatorio
- **Gargarismo:** medicamento líquido para hacer gárgaras
- **Lavado:** preparación medicinal para lavar heridas, llagas, etc.
- **Purga:** medicamento para limpiar el vientre
- **Restaurandi:** medicamento para fortalecer
- **Tactum o supositorio:** medicamento sólido de forma cilíndrica o cónica para introducir en el interior del ano, la vagina o la uretra

Todas estas preparaciones requerían el aprendizaje de ciertas técnicas específicas de la botica (decocción, trituración, pulverización, ablución, infusión, destilación, sublimación, maceración, **expresión**—acto de exprimir—, cocción, confección, decantación, etc.) y el empleo de un utillaje determinado.

Pueden ver algunos de los objetos procedentes del Monasterio de Pedralbes relacionados con esta exposición en la antigua enfermería del Monasterio, en la muestra "Petras Albas".

5. La práctica farmacéutica: los especieros o boticarios

La importancia que las medicinas antigua y medieval otorgaban a los fármacos supuso que la persona que tenía que elaborarlos gozara de una gran relevancia social. Por este motivo, en la Edad Media se fue desarrollando un oficio especializado en el arte de elaborar los complejos medicamentos compuestos. A este profesional se le denominaba, en los textos latinos, *apothecarius* y, en las fuentes catalanas, especier o "especiaire" (especiero en castellano), y el arte que desarrollaba, "apothecaria" o "especiería" (especiería en castellano). El especiero, conocido en época moderna como boticario, es, pues, el farmacéutico medieval.

Ciencia y comercio

Pero el especiero, o boticario medieval, tenía un ámbito de acción que sobrepasaba lo estrictamente farmacéutico y se movía entre la ciencia y el comercio. El especiero tanto vendía al detalle las medicinas simples como elaboraba y vendía los medicamentos compuestos; era herbolario, pero también confitero, droguero, papelero, cerero y perfumista. Esta variedad de dedicaciones derivaba de la propia concepción de la ciencia médica medieval, que tenía que velar por el enfermo, pero también por mantener la salud del sano, a través de la dietética. De hecho, la mayoría de plantas medicinales también se usaban en la cocina y, por lo tanto, del mismo modo que preparaba vinos, aceites y aguas medicinales, también confeccionaba "piment" o "clareá" —vino endulzado con miel o azúcar y perfumado con especias aromáticas—, agua de azahar —agua de flor de naranjo— o agua de rosas, que acompañaban platos y comidas, o perfumes.

La especiería de Barcelona

En Barcelona muy pronto se desarrolló una potente especiería o botica local. El numeroso colectivo especiero de Barcelona estaba instalado preferentemente en tres espacios de la ciudad: en la calle Llibreteria—que por aquel entonces precisamente se llamaba "de la Especiería"—, en el lado de mar de la plaza del Born—cerca del muelle en el que seguramente se descargaban las especias

orientales que también vendían los especieros barceloneses–, y en las manzanas de casas situadas entre la iglesia de Santa Maria del Pi y la calle de la Boqueria.

En estos tres puntos, pero también en toda la ciudad, los especieros abrían sus obradores, claramente identificables por los enormes anaqueles que cubrían sus paredes para poder colocar las cajas, botellas, botes y todo tipo de recipientes en que se guardaban los simples y los compuestos que vendían.

El obrador

Habitualmente toda la familia, dirigida por el cabeza de familia, el maestro especiero, llevaba el obrador, denominado especiería o botica. Por lo tanto, colaboraban allí la mujer y los hijos, pero también podían encontrarse sirvientes, algunos de condición esclava, que ayudaban a sus dueños a atender a los clientes, a llevarles los encargos, a limpiar la tienda.

Tal como era costumbre en la época, en muchos obradores habríamos encontrado aprendices, jóvenes que se instalaban en la casa del maestro para aprender el oficio. En Barcelona, el aprendizaje de boticario era uno de los más largos y duraba entre ocho y diez años; al final el aspirante a especiero todavía tenía que superar un examen teórico y práctico para poder ejercer de pleno derecho. Por las boticas de Barcelona pasaba gente de todos los estamentos sociales, incluso el propio rey, que podía solicitar remedios que a veces se hacía traer de lugares remotos. Excepcionalmente, también podían venderse medicamentos para animales, como sucedió en 1378, cuando el conde de Empúries solicitó al especiero Francesc ses Canes un remedio para su leona, a la que se recetaron purgas, lavados, alheña, aceite rosado, etc.

6. La dispensación de los medicamentos: suministro y autoabastecimiento en el monasterio de Pedralbes

A lo largo de los siglos medievales, las condiciones de vida comportaban que la gente necesitara la asistencia del médico y del boticario y, sobre todo, los remedios de este último. Dentro de los muros del monasterio de Pedralbes, también la comunidad de monjas sufría enfermedades y de este hecho nos han quedado algunas pistas. El monasterio contaba con diferentes dependencias y con monjas que se encargaban de su cuidado: la sacristía estaba gestionada por la monja sacristana, el refectorio

por la refitolera, la panadería por la pastelera y la enfermería por la enfermera. En la enfermería atendían a las monjas y sirvientas enfermas, que eran visitadas por un médico y un barbero –en esa época los barberos también ejercían como cirujanos y practicaban sangrías, extracción de dientes, etc.

En 1407 ocupaba el cargo de enfermera sor Blanquina Mirona. Se ocupaba de la salud de las monjas el maestro Francesc de Pedralbes, médico físico, que cobraba por sus servicios un salario anual de 440 sueldos. Las labores de barbero las ejercía Ramon Degà, barbero, que recibía 220 sueldos anuales por su trabajo.

Una vez diagnosticada la enfermedad por el médico o una vez intervenida la monja enferma por el barbero, era preciso que el monasterio se abasteciera de los remedios necesarios para curarse. Las monjas disfrutaban de los servicios de un especiero barcelonés, Bartomeu Serós, que las abastecía de muchas de las plantas y remedios que necesitaban. A este especiero lo hemos encontrado documentado sirviendo medicamentos simples, como camomila, alcaravea, matalahúga, semilla de mirto, violas, comino, corona de rey, fenogreco e hisopo –de origen vegetal– y sal gema y bol arménico –de origen mineral–, pero también entregaba a la monja enfermera algunos –¡muy pocos!– compuestos medicinales, básicamente clisteles –o enemas– y salsas –combinaciones de especias, en general más vinculadas a la cocina que a la medicina, posiblemente para preparar alguna comida especial para la monja o sirvienta enferma.

Aunque sabemos que las monjas acudían al especiero para adquirir plantas que, aparentemente, nada tenían de exótico, como la camomila o las violas, las relativamente poco numerosas compras documentadas nos permiten suponer que las monjas contaban con vías alternativas de suministro de plantas con propiedades medicinales.

A pesar de que la documentación no lo recoge, por analogía con otros monasterios, resulta lógico pensar que dentro del monasterio, posiblemente en el claustro, las monjas cultivaban un jardín de plantas medicinales que les permitía un cierto autoabastecimiento. Es probable que ese no fuera el único lugar en que se cultivaran, ya que seguramente en los diferentes huertos del monasterio las plantas medicinales convivían con las verduras y frutas destinadas a la dieta y a la confección de remedios caseros para las hermanas enfermas.